

EL FULGOR DE LA PLATA. LA ORFEBRERÍA DE LA PARROQUIA DE SAN LORENZO DEL VAL (III)

Por Abel Lobato Fernández. Historiador del Arte.

Esta tercera entrega está dedicada a aquellas piezas del ajuar litúrgico cuya utilización se reserva para los actos religiosos que se salen de lo cotidiano; festividades, entierros, rogativas o procesiones¹. Debido a la importancia que estas alhajas adquirieron en la liturgia desde los primeros siglos del cristianismo, el uso de los metales nobles, y en especial la plata, será algo muy habitual con el fin de otorgarle una apariencia de riqueza y suntuosidad.



FIG. 1. Incensario y naveta de la iglesia parroquial. Siglo XVII.

En primer lugar podemos citar los **incensarios**, cuyo origen se encuentra en las lejanas civilizaciones del Antiguo Egipto y Mesopotamia. El culto cristiano pronto comenzó a

servirse de estos útiles para purificar los ritos y solían manejarse con varias cadenillas. Los ejemplares más antiguos conservados se fechan en el siglo XII, y su apariencia variará a lo largo del tiempo, aunque la más común es la globular. Junto al incensario, siempre aparecerá la naveta, recipiente destinado a contener el incienso. Su nombre se debe a que suele recordar a la forma de un barco o nave.

En la iglesia parroquial de San Lorenzo se conservan un incensario y **naveta** a juego (FIG. 1). El primero, debido a la exposición a altas temperaturas y el reiterado uso, presenta un aspecto bastante lamentable a pesar de haber sufrido una restauración no hace muchos años. En dicha restauración fueron también modificadas algunas partes de la naveta, a la que se le añadieron una crestería y una gran base que modifican su apariencia original. Ambas piezas no presentan ningún tipo de marca, aunque como viene siendo habitual, su origen podría estar en el taller de algún platero avecindado en la cercana ciudad de Astorga. Presentan una rica decoración de tipo tardomanierista, a base de “ces vegetalizadas” y hojas de acanto grabadas sobre un fondo de picado de lustre, que denota su pertenencia al siglo XVII (FIG. 2). Es fácil encontrar en el entorno obras similares a estas, baste citar el incensario de la iglesia parroquial de Lagunas de Somoza.

El uso de las **cruces procesionales** se remonta al siglo IV y, en origen, se portaban simplemente en la mano o elevadas sobre una pértiga. Solían ser el emblema de la

¹ El estudio de la custodia procesional y los cetros, también ligados a este tipo de actos, lo dejaremos para el siguiente capítulo.



FIG. 2. Vista de la parte superior de la naveta.

parroquia y abrían las procesiones y rogativas de la parroquia. Además, hasta mediados del siglo XIX debía, como el resto de localidades



FIG. 3. Reverso de la cruz parroquial



FIG. 4. Enchufe de la cruz parroquial.
Decoración realizada a buril

circundantes de la capital diocesana, ser portada en la procesión general del Corpus que anualmente se celebraba en la ciudad de Astorga. El tamaño y la riqueza en la ornamentación de la cruz procesional solía ser indicativo de la importancia de la iglesia o santuario al cual pertenecía.

La primera referencia que tenemos a un elemento de este tipo en nuestro pueblo, corresponde a la ya citada y hoy desaparecida cruz de plata que Sebastián de Encalada restauró en 1582². La actual, custodiada en el Museo de los Caminos de Astorga es poste-

² Archivo Diocesano de Astorga, Protocolos Notariales de Astorga, escribano Francisco de Bajo, fol. 104 r.

rior, concretamente del siglo XVII (FIG. 3). Toda su superficie aparece adornada con delicados motivos tardomanieristas y barrocos como colgaduras, hojas de acanto o tarjas, realizadas a buril y de bastante planitud sobre un fondo de picado de lustre (FIG. 4). Sobre el enchufe, -parte inferior que sirve para engarzar la cruz a la pértiga-, se alza un pequeño cuerpo cilíndrico con una especie de volutas que sirve a modo de unión con el nudo. Esta última parte, también denominada macolla o manzana, se eleva sobre una amplia base de la que parten varias volutas coronadas en pináculos de plata sobredorada (FIG. 5). Divide su superficie en cuatro campos iguales mediante sendas pilastras molduradas. En cada una de ellas aparecen representados cuatro santos en relieve ejecutados en plata fundida y sobredorada y enmarcados por la abigarrada decoración. De los cuatro, solo hemos podido identificar a dos: San Andrés y San Pablo (FIG. 6). La macolla se culmina con una serie de molduras que sustentan



FIG. 6. Cruz parroquial. San Pablo.



FIG. 5. Manzana de la cruz parroquial.

una especie de cúpula gallonada. Sobre ellas se elevan otros cuatro pequeños pináculos que, aunque actualmente no, originalmente debían coincidir con las pilastras o molduras verticales.

Los brazos de dicha cruz presentan un perfil mixtilíneo y culminan todos ellos en una forma romboidal rematada en tres tornapuntas de plata sobredorada en la que, en vez de la representación de los evangelistas o imágenes figuradas, aparecen unas tarjas (FIG. 7). Toda su superficie se distribuye a base de tarjas y óvalos que repiten la ya citada decoración de tipo vegetal hecha a buril. Esto es clara muestra de que las formas de finales del siglo XVI se mantienen aún durante el XVII. De las cuatro esquinas del cuadrón central parten cuatro grandes tornapuntas de plata sobredorada. Ambas caras son semejantes salvo en la parte central o cuadrón, que representa, en cada lado y enmarcadas en sendos tondos, las dos iconografías más características que suelen aparecer en las cruces. En la cara principal, aparece un hermoso Crucificado fundido a molde de una gran calidad que muestra una



FIG. 7. Cruz parroquial.
Remate de uno de los brazos.

poderosa anatomía con la ciudad de Jerusalén al fondo grabada y coronado por una corona de rayos (FIG. 8). En la otra cara, se representa Virgen del Rosario rodeada de estrellas (FIG. 9). Ambas figuras –Virgen y Cristo–, fueron fundidas en un molde y tras su extracción del mismo fueron cincelados sus detalles para, por último, recibieron una fina lámina de oro para que destacaran del resto de la cruz.

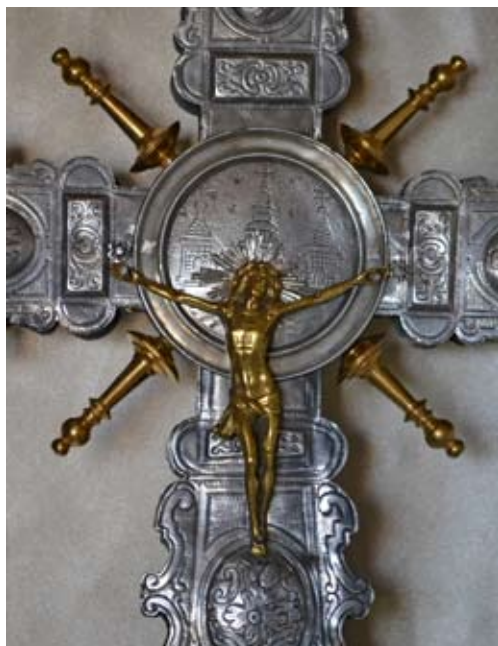


FIG. 8. Cruz parroquial.
Detalle de la cara principal.



FIG. 9. Cruz parroquial.
Cuadrón de la cara posterior.

El gran enigma que presenta esta cruz son las desgastadas marcas de platero que aparecen distribuidas por toda su superficie, en especial en las volutas de la manzana y el tondo central que representa a la Virgen. Se trata de las letras “PO.LAV” con una corona encima (FIG. 10). ¿Quién pudo ser este platero? Hasta el momento nuestra búsqueda ha resultado infructuosa. Lo que sí es seguro es que se trata de una pieza foránea, puesto que esta marca no se corresponde con ninguna de las que tuvieron los plateros avencindados en las principales ciudades y villas de la actual provincia de León.



FIG. 10. Cruz parroquial.
Marca de platero.

Para el uso en los entierros y fiestas litúrgicas más comunes se utilizaban las denominadas “**cruc**es guía”. Solían ser más sencillas y menos vistosas que las parroquiales y, en muchas ocasiones se ejecutaban en materiales más pobres como el bronce o el latón. En el caso de nuestra parroquia, se conserva



FIG. 11 Cruz gu'a, anverso.

una cruz de este tipo que presenta unas formas muy sencillas (FIG. 11). Está realizada en bronce, toda su superficie es lisa y la macolla posee una forma de calabaza. A ella se le han soldado varias figurillas fundidas y doradas realizadas de una manera tosca y salidas todas ellas del mismo molde. Representan a la



FIG. 12 Imagen de la asunción de la cruz guía.

Virgen con el Niño. El árbol de la cruz presenta unos brazos muy rectos, culminados en tornapuntas bastante molduradas. En el cuadrón se representan dos bastas figuras fundidas y sobredoradas; por un lado, el Crucificado, y por el otro, la Asunción de la Virgen, que aparece rodeada de ángeles voladores (FIG. 12). Lamentablemente no hace muchos años esta cruz sufrió una desafortunada transformación que modificó notablemente su aspecto original, pues fue plateada y se le añadieron diversas piezas. De bastante menor calidad que la parroquial, carece de marcas de platero, y creemos que esta pieza se fecha en torno a mediados del siglo XIX, momento en el que el arte de la platería comienza a sufrir un proceso de industrialización y uniformización.